

Víctimas de la doble vida

Rodgers, N. & Thompson, M.: *Locura filosofal*.
Barcelona, Melusina, 2007.

La idea central de este libro no deja de ser absolutamente clásica: quien enseña la virtud ha de ser virtuoso en su vida personal y en sus relaciones sociales. Ser y saber van unidos indefectiblemente, no se puede ser virtuoso sin conocer la virtud, ni conocerla sin dejar de serlo.

Esta tesis tiene un ejemplo en la historia de la cultura que ensombrece a todas las figuras que aparecen en este ensayo (Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Russell, Wittgenstein, Heidegger, Sartre y Foucault). Ese ejemplo es Sócrates, a quien algunos han llegado a comparar con Cristo. El filósofo perfecto, sin manchas, sin fisuras. Es evidente que el ejemplo se construye sobre la base de un mito, y si procediéramos a indagar en las profundidades de la vida personal de Sócrates (complicado asunto, puesto que los datos sobre su vida personal provienen de quienes participaron activamente en la construcción del mito socrático), hallaríamos tantas sombras como las que pueblan la vida de la mayoría de los pensadores, cuya gloria, afortunadamente, depende más de lo que pensaron y escribieron que de cómo vivieron.

Por lo pronto, Sócrates era un hombre casado, cosa que, como Nietzsche sugiere en alguna parte, es lo más contrario al espíritu de la filosofía. Quizás exagera, pero apunta al hecho circunstancial de que el mundo de la vida suele entrar en colisión con el mundo del pensamiento, y hasta llega a anularlo. Para evitarlo, el filósofo puede verse obligado a separar ambos escenarios, llevar una doble vida y refugiarse en una torre, como Montaigne, aun a riesgo de encerrar el pensamiento en una torre de marfil, de cristal, de hierro, etc., y quedarse aislado del mundo de los demás seres humanos. Pero el mundo es la fuente de los conflictos que alimentan al pensamiento, de manera que ese aislamiento, originariamente dispuesto a proteger al pensamiento, no puede ser tan intenso que acabe con el pensamiento mismo.

Pues bien, a pesar de que Sócrates fue un hombre casado, tardíamente casado, que no supo elegir esposa (tan dura mujer era Jantipa que la convivencia con ella servía a Sócrates de entrenamiento para enfrentarse a sus interlocutores en el ágora); a pesar de ser mal marido y seguramente no mejor padre para sus hijos, ha quedado el mito de que Sócrates fue capaz de unir estrechamente el mundo de la vida con el mundo del pensamiento en el seno no de una torre, sino de una ciudad entera, en el ágora de Atenas.

Esta condición excepcional ha marcado la vara de medir al resto de los filósofos, debido en parte a que esa vara la usan los mismos filósofos para compararse unos con otros, como ocurre en este ensayo: sus autores (pequeños filósofos) miden a los grandes con la vara hecha a la medida de Sócrates. Y los comparados salen mal parados, naturalmente. Los autores del libro indagan hasta qué punto la vida de los filósofos tenidos en cuenta se alejó de sus ideas morales. Los ocho casos estudiados son seguramente extremos, dada la excepcionalidad de los protagonistas y de las vidas que vivieron, aunque quizás, vistas de cerca, algunas de ellas no resultaron ser tan excepcionales, sino más bien miserables y mediocres, en comparación con la altura de los pensamientos que esas vidas contribuyeron a generar. Por supuesto, todos quedan muy lejos de la absoluta coherencia del mito socrático, que vivió como pensó y prefirió morir cuando no le dejaron pensar, es decir, cuando no pudo dialogar libremente, que era para él la síntesis de vivir y pensar.

Según el mito socrático, no es filosóficamente aceptable separar la vida mundana de la vida intelectual o teórica. O se asume el imperativo de vivir una sola vida, totalmente imbuida de lo filosófico, como Sócrates, o el filósofo llevará sobre sus espaldas intelectuales el lastre del mundo de la vida, del cual intentará zafarse ocasionalmente, pero sin conseguirlo ni lograr la absoluta independencia mental. Si el filósofo tuviese el estatuto del artista se abriría ante él un sin fin de posibilidades vitales e inmoraes, pues el artista puede vivir efectivamente más allá del bien y del mal, e incluso se espera de él cierta excentricidad en sus costumbres morales. El filósofo no puede vivir más allá de sus escritos públicos sin recibir una llamada de atención.

Pero, asegurémonos de tocar el sucio suelo con nuestros sucios zapatos: ¿es correcto exigir tanto de los pensadores en nombre de un

mito que pende inmaculado sobre nuestras cabezas? Los autores de este ensayo piensan que sí, aunque la mala conducta de muchos filósofos pueda explicarse y hasta justificarse en sus respectivas biografías. A Bertrand Russell le llamaban “Bertie el Sucio” a causa de sus conocidos devaneos sexuales. Pero, ¿quién dice que eso es un pecado en un filósofo, si no lo es en un ser mundano? Sólo desde el intachable punto de vista socrático merece Bertie nuestro reproche. Admitimos que el reproche moral hacia los filósofos es necesario, sobre todo en casos como el de Heidegger y su escondido filonazismo. Aquí se ve lo imprescindible de la coherencia entre pensar y ser. Pero calibrar la magnitud del reproche es un asunto muy complejo, basado en un delicado balance entre vida y pensamiento. Al cabo, si en las ideas de Heidegger hay un cobijo teórico para el nazismo, no se le puede reprochar al autor ninguna incoherencia, sino tan sólo no haber desarrollado sus actividades en total consecuencia con sus ideas. Visto así, el pecado de Heidegger es más por defecto que por exceso.

A pesar de los reproches justificados que reciben los ocho filósofos diseccionados, la conclusión final es que resulta imposible aislar la vida intelectual de la mundanal. Como se ve en algunos de estos filósofos, los inconvenientes de la tensión que generan las fuerzas de lo mundano frente a las fuerzas de lo intelectual parecen subsanarse a través de la profesionalización de la vida intelectual, es decir, al convertir el ejercicio filosófico en enseñanza, que muchos de ellos practicaron con una dedicación variable. Para evitar los castigos de la vida intelectual pura, que es además poco estimulante para el desarrollo filosófico, el filósofo se dispone a enseñar la virtud, actuando como el clásico sofista. En este papel, el filósofo puede adaptarse mejor a las exigencias de la vida mundana, y hallar momentos de justificado aislamiento intelectual, aunque a cambio de asumir actitudes funcionariales, es decir, de reproducción de esquemas y programas. Aquí, el filósofo puede convertirse en víctima de las exigencias mundanales, si no es capaz de lograr un delicado equilibrio entre sus dos vidas.

Josep Pradas
Seminario de Filosofía Política
Universitat de Barcelona

